

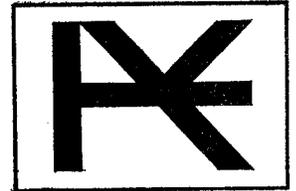
Thomas Robert Malthus:  
Primer Ensayo sobre la población

113 C.2

001554



El Libro de Bolsillo  
Alianza Editorial  
Madrid



001554

1289  
c.2

recaía principalmente la angustia de la falta de alimentos y en qué medida afectaba a la sociedad en su conjunto, creo que podemos afirmar, basándonos en toda la información que tenemos sobre las naciones de pastores, que su población aumentó cada vez que como consecuencia de la emigración o de cualquier otra causa aumentaron los medios de subsistencia; pero la miseria y el vicio intervinieron para detener este aumento de la población y mantener ésta al nivel de los medios de subsistencia.

Pues, independientemente de las viciosas costumbres que respecto a las mujeres puedan haber mantenido entre ellos, y que siempre han actuado como freno al aumento de la población, hay que reconocer, creo yo, que la guerra en sí es ya un vicio, y su efecto la miseria, y nadie puede poner en duda la miseria que entraña la falta de alimento.

Al examinar, desde el punto de vista que nos interesa, el siguiente estado de la humanidad, o sea, el estado combinado de pastoreo y cultivo, en el que, con alguna variación en las proporciones, deberán permanecer siempre las naciones más civilizadas, tendremos la ayuda de lo que a diario vemos a nuestro alrededor, de nuestra experiencia directa, de los hechos que continuamente se ofrecen a la observación de todos nosotros.

A pesar de las exageraciones de algunos viejos historiadores, no creo que para ningún hombre sensato pueda caber la menor duda de que la población de los principales países de Europa, Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia, Polonia, Suecia y Dinamarca, es hoy mucho mayor que nunca lo fue en tiempos pasados. La causa evidente de estas exageraciones es el aspecto formidable que adquiere-

re una nación por poca población que tenga, cuando se agrupa y se desplaza entera en busca de nuevos parajes. Si a esta tremenda apariencia añadimos que con cierta frecuencia se repetían emigraciones similares, no nos sorprenderá mucho que en los atemorizados países del Sur se tuviese la impresión de que las regiones del Norte eran verdaderos hormigueros humanos. Examinando ahora la cuestión más de cerca y con mejor criterio, podemos asentar que tal inferencia no era menos absurda que la de un hombre de este país que, encontrándose continuamente en la carretera con rebaños de vacas procedentes del Norte y del país de Gales, llegara a la inmediata conclusión de que esas regiones eran las más productivas del reino.

La razón por la cual la mayor parte de Europa tiene ahora una población mayor que en el pasado está en la laboriosidad de sus habitantes, merced a la cual estos países producen hoy una mayor cantidad de medios de subsistencia.

Pues creo que puede afirmarse, sin temor a equivocación, que considerando una extensión de territorio suficiente para poder incluir la importación y la exportación, y concediendo cierta flexibilidad para el predominio de los hábitos de lujo o de frugalidad, la población mantiene una proporción constante respecto a la cantidad de alimentos que la tierra produce. En la controversia sobre la población más o menos abundante de las naciones antiguas y modernas, si se pudiese determinar con precisión que la producción media de los países en cuestión, tomados en su conjunto, era infe-

rior en los tiempos de Julio César a la que es en la actualidad, la cuestión quedaría inmediatamente zanjada.

Cuando se nos asegura que China es el país más fértil del mundo, que casi todo su territorio está en cultivo, y que una gran proporción del mismo produce dos cosechas al año, y, por añadidura, que el pueblo vive con gran frugalidad, podemos deducir con certeza que su población tiene que ser inmensa, sin preocuparnos en hacer encuestas sobre las costumbres y hábitos de las clases inferiores ni sobre los medios de estimular los matrimonios precoces. Pero estas encuestas son, sin embargo, de enorme importancia, y la historia de tallada y minuciosa de las costumbres del pueblo bajo de China sería de máxima utilidad si queremos cerciorarnos de cómo actúan los obstáculos que impiden el excesivo crecimiento de la población, cuáles son los vicios y cuáles los padecimientos que impiden que la población desborde el cauce que le señala la limitada capacidad alimenticia del país.

Hume, en su ensayo sobre la populosidad de las naciones antiguas y modernas, en el cual —según dice— ha entremezclado el estudio de las causas con el de los hechos, no parece darse cuenta, pese a su usual poder de penetración, de lo poco convincente que son algunas de las causas que presenta como base de sus estimaciones sobre la población de las naciones antiguas. Si alguna inferencia se desprende de tales causas, más bien servirían a refutar sus conclusiones; aunque tratán-

dose de Hume debo, naturalmente, poner mucho cuidado antes de permitirme disentir de las opiniones de un hombre que en estas cuestiones es, sin duda, el menos propenso a dejarse engañar por las primeras apariencias. Si descubro que en un determinado período de la historia antigua el estímulo a constituir una familia era particularmente fuerte, que, por consiguiente, prevalecían los matrimonios precoces y eran poco frecuentes los casos de celibato, podré tener la seguridad de que la población en esa época aumentaba rápidamente, pero no de que era ya muy abundante, sino tal vez lo contrario, pues solamente con una población escasa puede quedar un margen de espacio y de alimentos para un número mucho mayor. Si descubro, en cambio, que en ese período las dificultades con que tropezaban las familias eran difíciles de superar y, por consiguiente, abundaban los solteros de ambos sexos y escaseaban los matrimonios precoces, mi deducción será que la población se mantendría estacionaria y siendo probablemente muy numerosa en proporción con la fertilidad de la tierra dejaba muy poco margen de espacio y alimentos para poder aumentar. Hume parece considerar que el número importante de criados, sirvientas y otras personas que permanecen solteras en los Estados modernos es un argumento que contradice la idea de que en estos Estados la población es numerosa. Yo más bien llegaría a una conclusión contraria y lo consideraría como un argumento que tiende a demostrar la abundancia de esa población, si bien

no constituye un argumento decisivo, ya que existen muchos países con pocos habitantes y cuya población es, no obstante, estacionaria. Para ser rigurosamente correctos en nuestras afirmaciones, lo que sí podemos decir es que el número de personas solteras en proporción al número total de habitantes, en períodos distintos y en el mismo o en varios Estados, nos permite apreciar si la población en estos períodos aumenta, se mantiene estacionaria o disminuye, pero no puede servirnos de criterio para juzgar sobre su magnitud absoluta.

Existe, sin embargo, una circunstancia señalada en casi todos los informes que se reciben de China, que resulta difícil conciliar con este argumento. Se nos dice que los matrimonios precoces son una regla muy general en todos los sectores de la población china. Sin embargo, el doctor Adam Smith supone que la población china es estacionaria. Estas dos circunstancias parecen irreconciliables. Evidentemente, es muy poco probable que la población esté aumentando rápidamente. Cada acre de terreno ha estado en cultivo desde hace tantos años que es difícil que su rendimiento anual pueda aumentar mucho. Tal vez la afirmación respecto al carácter generalizado de los matrimonios precoces no esté suficientemente demostrada. Si lo damos por cierto, la única manera de eludir la dificultad, de acuerdo con nuestro conocimiento actual del tema, será suponer que el exceso de población producido necesariamente por la preponderancia de los matrimonios

precoces queda suprimido por el hambre que periódicamente se extiende por el país y por el hábito, probablemente más extendido de lo que a los europeos se les confiesa, de abandonar a los niños en los momentos de apuro. Respecto a esta bárbara costumbre, es difícil no observar que no puede haber prueba más definitiva de la angustia terrible que sufre la humanidad a causa de la falta de alimento que la existencia de una costumbre que viola el más natural de los principios del corazón humano. Tengo entendido que este proceder era usual en las naciones antiguas, y no cabe duda de que más bien tendía a aumentar la población.

Al examinar los principales Estados de la Europa moderna se observa que si bien su población ha crecido considerablemente desde los tiempos en que se dedicaban al pastoreo, su ritmo de crecimiento actual es lento, y en vez de doblar su población cada veinticinco años tardan en hacerlo ahora de trescientos a cuatrocientos años o mucho más. Algunos países tienen una población completamente estacionaria y otros, incluso decreciente. La causa de esta lentitud actual en el crecimiento de la población no está, por cierto, en un enfriamiento de la pasión entre los sexos. Tenemos motivos suficientes para pensar que esta propensión natural existe hoy con el mismo vigor que en otros tiempos. ¿Por qué, entonces, sus efectos no se traducen en el rápido aumento de la especie humana? Examinando de cerca la situación de la sociedad en cualquier país de Euro-

pa, lo que serviría igualmente para cualquier otro de ellos, podemos contestar a esta pregunta señalando los dos obstáculos que impiden su crecimiento natural: la aprensión ante las dificultades que supone el mantenimiento de una familia, lo que actúa como obstáculo preventivo; y el hambre y las privaciones sufridas por la infancia en las clases humildes, que actúa como obstáculo positivo.

Tomaremos el ejemplo de Inglaterra, uno de los Estados más florecientes de Europa, seguros de que las observaciones que hagamos podrán aplicarse con escasas variaciones a cualquier otro país que tenga un crecimiento de población relativamente lento.

El obstáculo preventivo parece ejercer su acción, prácticamente, en todas las capas sociales inglesas. Hay hombres, incluso de las clases más altas, que huyen del matrimonio simplemente por el temor a sostener una familia a su cargo, lo que les obligaría a reducir sus gastos y privarse de algunas de sus caprichosas diversiones. Estas consideraciones son quizá triviales, pero no hay que olvidar que a medida que vamos descendiendo los sucesivos escalones sociales, los motivos y el fundamento de esta aprensión y de este reparo preventivo son cada vez de más peso.

Un hombre de profesión liberal pero cuyos ingresos sean escasamente suficientes para permitirle vivir entre *gentlemen*, comprende perfectamente que si se casa y tiene familia se verá obligado, si quiere hacer vida social, a alternar con agricul-

tores modestos y pequeños comerciantes. Pero la mujer que un hombre educado escoge como esposa tendrá los mismos gustos y los mismos sentimientos que él y estará también acostumbrada a un trato social totalmente distinto a aquel al que habría de reducirse una vez casada. ¿Puede un hombre consentir en someter al objeto de su cariño a condiciones tan contrarias probablemente a sus gustos e inclinaciones? El descenso de dos o tres peldaños, particularmente en este sector de la escala social, donde termina la educación y empieza la ignorancia, es considerado por la opinión general como una desgracia grave y real que nada tiene de fantástica o quimérica. Si la sociedad ha de ser deseable, tiene, indudablemente, que ser una sociedad libre, igual y recíproca, en la que los beneficios sean conferidos y también recibidos, y no como la constituida por relaciones de dependencia como las que unen al empleado con su patrón y al pobre con el rico.

No cabe duda que estas consideraciones evitan que muchos jóvenes de nivel social relativamente elevado se dejen llevar por sus inclinaciones y contraigan matrimonio en edad temprana. Otros, impulsados por una pasión tal vez más fuerte o por un entendimiento más débil, vencen estos obstáculos; y sería ciertamente lamentable que la gratificación de tan deleitable pasión como el amor virtuoso no compensase a veces con creces todos los males que la acompañan. Pero debemos recordar, muy a pesar nuestro, que generalmente las consecuencias de estos matrimonios, más que dis-

minuir lo que hacen es agudizar la aprensión de los más prudentes.

A los hijos de los comerciantes y de los labradores se les aconseja no casarse, y generalmente se ven obligados a seguir este consejo, mientras no tengan establecido algún negocio o adquirida una labranza que les permita mantener a su familia. Y, a veces, cuando consiguen esto, llevan ya recorrida buena parte de su vida. La falta de labranzas es motivo de constantes quejas en Inglaterra. Y la competencia en toda clase de negocios es tan enorme que es imposible que todos tengan buen éxito.

El labrador que gane dieciocho peniques al día y consigue vivir, estando soltero, con un mínimo de confort, vacilará un poco antes de decidirse a repartir entre cuatro o cinco un sustento que apenas es suficiente para él. Estará, tal vez, dispuesto a sacrificar su comodidad y a trabajar más a cambio de poder compartir la vida con la mujer que ama, pero, por poco que piense, tendrá que comprender que el día en que tenga una familia numerosa y sufra una racha de mala suerte, ni su frugalidad ni todo el esfuerzo físico que quiera desplegar en su trabajo podrá preservarle de la desgarradora sensación de ver a sus hijos pasar hambre, o evitarle tener que sacrificar su independencia recurriendo a la asistencia pública. El amor a la independencia es un sentimiento que seguramente nadie quisiera arrancar del corazón del hombre, pero hay que reconocer que más que ninguna otra, la ley de beneficencia inglesa parece

estar calculada para ir debilitando gradualmente este sentimiento y, en última instancia, eliminarlo totalmente.

Los criados que viven en las familias de la alta sociedad tienen que vencer, para casarse, tremendos obstáculos. Poseen todo lo que puedan necesitar y gozan de una vida que en cuanto a confort poco tiene que envidiar a la de sus amos. Su trabajo es fácil y su alimentación es opulenta comparada con la de los trabajadores. La sensación de dependencia que podrían tener es atenuada por su confianza en poder cambiar de amo si alguna vez se sienten ofendidos. Frente a su situación de comodidad presente, ¿qué perspectivas les ofrece el matrimonio? Sin conocimientos ni capital que les permita montar un negocio o instalar una granja, e incapaces por falta de costumbre, de ganar el sustento con un trabajo manual diario, el único recurso que parece brindárseles es el de trabajar en una miserable taberna; lo que, ciertamente, no ofrece perspectivas agradables para el ocaso de su vida. Disuadidos y acobardados por las perspectivas poco risueñas que se abren ante ellos, la aplastante mayoría deciden permanecer solteros sin moverse de donde están.

Si este esbozo de la situación de la sociedad inglesa se aproxima a la realidad, y no creo que sea exagerado, se me concederá que el obstáculo preventivo al incremento de la población en este país actúa, aunque con fuerza variable, en todas

las clases de la comunidad. La misma observación podría hacerse con respecto a los demás países antiguos. Las consecuencias de estas restricciones al matrimonio las vemos con harta evidencia en los vicios que se han ido extendiendo por todas las partes del mundo, arrastrando continuamente a ambos sexos a las desdichas más inextricables.

El obstáculo positivo al incremento de la población, es decir, el que reprime un aumento ya iniciado, se limita principalmente, aunque quizá no exclusivamente, a los estamentos inferiores de la sociedad. Este obstáculo no es quizá tan evidente como el anterior, y para demostrar claramente su fuerza y su eficacia acaso fuesen precisos más datos de los que obran en nuestro poder. Pero quienes se preocupan de examinar las estadísticas relativas a la mortalidad infantil observan generalmente que de la totalidad de los niños que mueren cada año una parte totalmente desproporcionada procede de familias que pueden suponerse incapaces de suministrar a sus hijos la alimentación y los cuidados que requiere la infancia; niños expuestos a toda suerte de penalida-

des, viviendo en tugurios malsanos y obligados a realizar duros trabajos impropios de su edad. Esta elevada mortalidad entre los hijos de los pobres es patente en todas las ciudades. Ciertamente, no alcanza las mismas proporciones en las zonas rurales, pero la cuestión no ha sido aún estudiada con la suficiente atención para poder afirmar que incluso en el campo el número de niños pobres muertos cada año no es proporcionalmente superior al de los niños de las clases medias o altas. Parece difícil suponer que la mujer de un jornalero agrícola, madre de seis hijos, a quien en ocasiones le falta incluso el pan, va a estar siempre en condiciones de suministrar a todos sus hijos el alimento y las atenciones indispensables para vivir. Los hijos y las hijas de familias campesinas no se asemejan siempre, en la vida real, a esos querubines sonrosados descritos en las novelas. Quienes han vivido bastante en el campo no pueden haber dejado de observar las frecuentes dificultades de crecimiento que sufren los hijos de los campesinos y lo mucho que tardan en alcanzar su madurez. Muchachos que aparentan tener catorce o quince años tienen con frecuencia dieciocho o diecinueve realmente. Y entre los mozos que se ven en el campo arando, lo cual es, sin duda, un ejercicio saludable, son pocos los que tienen buena musculatura, circunstancia que sólo puede ser atribuida a la carencia o insuficiencia de una alimentación sana.

Para poner remedio a los frecuentes infortunios del pueblo, fueron instituidas en Inglaterra las

leyes de pobres (*poor laws*); pero es de temer que si bien estas leyes han aliviado un poco la intensidad de algunas desgracias de carácter individual, en cambio han extendido el mal general sobre una superficie mucho mayor. Es un tema de frecuente conversación y mencionado siempre en términos de gran sorpresa que a pesar de la inmensidad de la suma recogida anualmente en Inglaterra para asistencia a los pobres, continúe siendo tan penosa su suerte. Algunos piensan en posibles desfalcos, otros afirman que los sacristanes e inspectores se gastan la mayor parte del dinero en francachelas. Todos coinciden en que en una forma u otra esos fondos son objeto de una pésima administración. Con casi tres millones de libras reunidas todos los años para los pobres, ¿cómo es posible —se preguntan— que no se haya logrado mejorar su suerte? Sin embargo, pienso que cualquiera que ahondara un poco en el tema comprendería que lo realmente pasmoso sería que la situación fuese distinta de la que es. Mi opinión es que incluso una contribución universal de dieciocho chelines por cada libra, en lugar de cuatro, no alteraría la situación. Expondré un caso que espero aclare el sentido de mis palabras.

Supongamos que merced a una suscripción efectuada entre los ricos, los dieciocho peniques diarios que perciben ahora los trabajadores se convirtieran en cinco chelines; podríamos, quizá, imaginarnos que su vida en estas condiciones sería confortable y que no les faltaría un filete de car-

ne para la cena diaria. Esta conclusión sería, sin embargo, muy falsa. Los tres chelines y medio añadidos al jornal de cada obrero no aumentaría la cantidad de carne producida en el país y actualmente no hay suficiente carne para que todo el mundo pueda acceder al reparto. ¿Cuál sería la consecuencia? La competencia entre los compradores en el mercado provocaría la rápida subida del precio de la carne, que de los seis a siete peniques que cuesta hoy pasaría a costar dos o tres chelines la libra, y no se distribuiría la carne en un mayor número de partes que en la actualidad. Cuando un artículo escasea y no puede distribuirse entre todos, aquel que presenta el título de más valor, o sea, el que ofrece más dinero, es el que se lleva la mercancía. Si suponemos que la competencia entre los compradores de carne se prolongara durante un tiempo tan largo que permitiera un gran aumento de la cría anual de ganado, hay que tener en cuenta que este aumento sólo puede conseguirse a costa del trigo, lo cual representa un intercambio sumamente desventajoso, ya que es bien sabido que el país no podría entonces mantener la misma población; cuando la subsistencia es escasa en proporción al número de habitantes, poco importa que los miembros más desafortunados de la sociedad reciban dieciocho peniques o cinco chelines. En un caso como en el otro, tendrán que resignarse a recibir la parte peor y la más pequeña.

Se dirá, tal vez, que el mayor número de compradores para cada artículo serviría de incentivo

a la industria y conduciría a un aumento de la producción global de la isla. Esto puede, hasta cierto punto, ser verdad. Pero el estímulo que estas imaginarias riquezas darían al aumento de la población compensaría con creces el aumento de producción, de tal suerte que la mayor producción habría de repartirse entre un número proporcionalmente aún mayor de personas. En todo esto estoy suponiendo que la cantidad de trabajo realizado no ha variado. En realidad, tal no sería el caso. Al recibir cinco chelines en vez de dieciocho peniques, el jornalero se imaginaría ser relativamente rico y capaz de entregarse al ocio durante muchas horas o días. Esto conduciría a una inmediata y sería disminución de la actividad productiva y al cabo de poco tiempo, no sólo la nación sería más pobre, sino que las propias clases inferiores se encontrarían en una situación aún más angustiosa que cuando tan sólo percibían los dieciocho peniques diarios.

La colecta de dieciocho chelines de cada libra, entre los ricos, incluso distribuidas en la forma más acertada, tendría un efecto muy parecido al caso anterior; en realidad, ningún tipo de contribución por parte de los ricos, particularmente en dinero, puede evitar de forma prolongada la recurrente miseria de las clases inferiores de la sociedad. Grandes cambios pudieran, sin embargo, ocurrir. Los ricos pueden convertirse en pobres y algunos de los pobres en ricos, pero sobre una parte de la sociedad deben necesariamente recaer las

dificultades de la vida, y éstas recaen, por ley natural, sobre sus miembros menos afortunados.

A primera vista puede parecer extraño (y, sin embargo, estoy convencido de que es cierto) que no pueda yo, con mi dinero, sacar de la miseria a un desgraciado y darle la posibilidad de vivir mucho mejor, sin empeorar proporcionalmente la suerte de otros miembros de su clase. Si de la cantidad de alimentos que consumimos en mi casa quito una parte y se la doy al pobre, entonces sí le beneficio sin que esto repercuta más que en perjuicio mío y de mi familia, para quienes, quizá, el sacrificio no sea insoportable. Si pongo en cultivo un trozo de terreno que hasta entonces estaba yermo y le doy al pobre la cosecha obtenida, entonces beneficiaré no sólo al pobre, sino a todos los miembros de la sociedad, ya que lo que él anteriormente consumía va a pasar ahora al fondo común, probablemente con parte de la nueva producción. Pero si me limito a darle dinero, suponiendo que la producción del país no cambie, le doy en la práctica un título que le permite adquirir una parte de esta producción, mayor que la que anteriormente adquiriría; y esta parte mayor no puede obtenerla sin que disminuyan las partes de los demás. Evidentemente, este efecto, tratándose de casos individuales, es pequeñísimo y totalmente inapreciable; pero no deja por ello de existir, lo mismo que muchos otros efectos, que, como algunos de los insectos que revolotean a nuestro alrededor, escapan a nuestra tosca percepción.

Suponiendo que la cantidad de alimentos en un país determinado permanezca la misma durante muchos años seguidos, es evidente que éstos tendrán que ser repartidos de acuerdo con el valor del título (1) de cada individuo, o sea, según la cantidad de dinero que puede permitirse gastar para la adquisición de esta mercancía tan universalmente anhelada. Por tanto, es una verdad demostrada que los títulos de un grupo de personas no pueden aumentar de valor sin que disminuya el valor de los títulos de algún otro grupo de personas. Si los ricos hiciesen una suscripción y entregasen cinco chelines diarios a quinientas mil personas sin restringir su propio consumo, no cabe duda de que, como estas personas vivirán naturalmente mejor y consumirán una mayor cantidad de provisiones, quedarán menos alimentos a distribuir entre los restantes, y, por consiguiente, el título de cada persona perderá de su valor, o, lo que es igual, con el mismo número de piezas de plata se podrá adquirir una menor cantidad de subsistencias.

Todo aumento de la población sin incremento proporcional del alimento producirá el mismo efecto, reduciendo el valor del título de cada individuo. El alimento tendrá que ser distribuido en raciones más pequeñas y, por consiguiente, una jornada de trabajo permitirá la adquisición de una cantidad menor de provisiones. El precio de los artículos alimenticios aumentará cada vez que la población crece con más rapidez que los medios de subsistencia o cuando se modifica la distribu-

ción del dinero de la sociedad. Si aumenta la producción de alimentos en un país habitado desde hace tiempo, lo hace con regularidad y lentitud y no puede responder a bruscas solicitudes; las variaciones en la distribución del dinero de la sociedad se producen, en cambio, con cierta frecuencia, y están individualmente entre las causas que motivan las continuas variaciones que observamos en los precios de las provisiones.

Las *poor-laws* inglesas tienden a empeorar la situación general de los pobres en las dos formas que acabamos de ver. En primer lugar, tienden evidentemente a aumentar la población sin incrementar las subsistencias. Los pobres pueden casarse, aunque las probabilidades de poder mantener a su familia con independencia sean escasas o nulas. Puede decirse que estas leyes, en cierta medida, crean a los pobres que luego mantienen, y como las provisiones del país deben, como consecuencia del aumento de población, distribuirse en partes más pequeñas para cada uno, resulta evidente que el trabajo de quienes no reciben la ayuda de la beneficencia pública tendrá un poder adquisitivo menor que antes, con lo cual crecerá el número de personas obligadas a recurrir a esta asistencia.

En segundo lugar, la cantidad de provisiones consumidas en los asilos por un sector de la sociedad que, en general, no puede ser considerado como el más valioso, reduce las raciones de los miembros más hacendosos y merecedores, obligando de esta manera a algunos a sacrificar su inde-

pendencia. Si los pobres de los asilos viviesen mejor que en la actualidad, esta nueva distribución del dinero de la sociedad tendería a empeorar de manera aún más notable la situación de quienes no viven en ellos, por provocar el aumento del precio de las provisiones.

Afortunadamente para Inglaterra, el espíritu de independencia permanece vivo entre los campesinos. Las *poor-laws* están decididamente calculadas para matar este espíritu. Lo han conseguido en parte, pero si lo hubiesen logrado de manera tan completa como podía preverse, su perniciosa influencia no hubiera podido permanecer oculta durante tanto tiempo.

Por muy duro que pueda resultar en ciertos casos individuales, la pobreza dependiente debería ser considerada vergonzosa. Este estímulo parece ser absolutamente necesario para promover la felicidad de la gran masa de la humanidad, y cualquier intento de carácter general para debilitarlo, por muy caritativa que sea su aparente intención, derrotará siempre su propio propósito. Inducir a los hombres a casarse sin más perspectiva que la de la asistencia pública y a sabiendas de que sus probabilidades de poder mantener a su familia con independencia son mínimas o incluso nulas, es, no sólo tentarles indebidamente a atraer sobre ellos y sus hijos la desgracia y la dependencia, sino también animarles a que inconscientemente perjudiquen a todos los que pertenecen a su misma clase. El obrero que se casa sin poder mantener a su familia puede ser considerado, en cierta

medida, como enemigo de todos sus compañeros.

No me cabe la menor duda de que las leyes de beneficencia inglesas han contribuido a elevar el precio de las subsistencias y a rebajar el precio real del trabajo. Han contribuido, por tanto, a empobrecer a esa clase de la población que no posee más que su trabajo. También es difícil suponer que no hayan contribuido poderosamente a engendrar esa negligencia y esa carencia de frugalidad que se observa en los pobres, tan contrarias al carácter y actitud de los pequeños comerciantes y labradores. El trabajador pobre siempre parece vivir «de la mano a la boca», utilizando esta expresión vulgar. Su atención, centrada en sus necesidades inmediatas, rara vez se preocupa del porvenir. Incluso cuando se le presenta alguna posibilidad de ahorrar, pocas veces la aprovecha; en general, todo lo que le sobra después de satisfacer sus necesidades del momento va a parar, hablando en general, a la taberna. Las *poor-laws* inglesas aminoran, puede decirse, tanto la posibilidad como la voluntad de ahorrar en el pueblo sencillo, debilitando así uno de los principales incentivos de la laboriosidad y la templanza, y, por tanto, de la felicidad.

Los patronos de las manufacturas se quejan siempre de que los salarios altos desquician a sus obreros; sin embargo, es difícil concebir que estos hombres no ahorrarían parte de sus elevados salarios, con vistas al futuro sostén de sus familias, en vez de gastarlo en borracheras y libertinaje, si no pudiesen contar con la asistencia públi-

ca en caso de accidentes. La prueba de que el pobre empleado en una manufactura considera esta asistencia como justificación suficiente para gastarse el salario completo y disfrutar sin pensar en el mañana, la tenemos en el número de familias que, al venirse abajo alguna factoría importante, recurren inmediatamente a la asistencia pública, aun cuando, tal vez, los salarios que estuvieron percibiendo mientras funcionaba la factoría, bastante superiores a los que normalmente se pagan en la agricultura, les hubieran permitido ahorrar lo bastante para poder aguantar hasta encontrar algún nuevo cauce para su laboriosidad.

Hay hombres para quienes la perspectiva de que, en caso de muerte o enfermedad, sus mujeres e hijos tengan que vivir de la asistencia pública, no les alarma al punto de disuadirlos de ir a la taberna; pero quizá vacilarían en continuar derrochando sus ingresos si supieran que en cualquiera de estos casos sus familias pasarían hambre o tendrían que depender de la caridad pública. En China, donde el precio del trabajo, tanto real como nominal, es muy bajo, los hijos se hallan obligados por la ley a mantener a sus ancianos y desvalidos padres. No pretendo determinar si una ley en este sentido sería aconsejable o no en nuestro país. Pero, en todo caso, considero sumamente impropio atenuar, mediante la creación de instituciones que generalizan la pobreza dependiente, la sensación de vergüenza que por las mejores y más humanas razones deberían siempre acompañarla.

El caudal de felicidad de la gente humilde se

verá necesariamente menguado al suprimir uno de los principales obstáculos a la pereza y a la disipación y al estimular a los hombres a contraer matrimonio a sabiendas de que sus posibilidades de poder mantener a su familia con independencia son escasas o nulas. Todo obstáculo al matrimonio debe ser, indudablemente, considerado como un factor de infelicidad. Pero como en virtud de las leyes de nuestra naturaleza es necesario que exista algún tipo de obstáculo que frene el crecimiento de la población, es preferible que este obstáculo consista en la aprensión ante las dificultades que supone mantener a una familia y el temor a la pobreza dependiente, a que después de fomentar este crecimiento sea necesario que la miseria y la enfermedad acudan a reprimirlo.

Hay que recordar siempre que existe una esencial diferencia entre los alimentos y aquellos productos manufacturados cuyas materias primas abundan. Una demanda de estas mercancías origina siempre su producción en la cantidad que se desea. La demanda de alimentos no tiene en absoluto esta misma potencia creadora. En un país en el que todas las tierras fértiles están cultivadas serán precisas ofertas muy elevadas para que los labradores se decidan a abonar terrenos de los que durante años no podrán sacar provecho. Pero mientras las perspectivas de futuras ventajas adquieren la firmeza suficiente para servir de estímulo a este tipo de empresa agrícola, y durante el tiempo que la nueva producción necesita para su desarrollo, su falta puede causar grandes estra-

gos. La demanda de una mayor cantidad de subsistencias es, salvo algunas excepciones, constante y universal; y, sin embargo, ¡con qué lentitud se responde a ella en los países ocupados desde hace tiempo!

Las *poor-laws* de Inglaterra fueron, indudablemente, instituidas con los más caritativos propósitos, pero hay fuertes motivos para pensar que no han tenido éxito en sus intenciones. Mitigan, ciertamente, algunos casos de miseria particularmente agudos, pero el estado de los pobres acogidos a la asistencia pública, considerado en todos sus aspectos, no está, ni mucho menos, libre de la miseria. Tal vez una de las principales objeciones a estas leyes es que para asegurar esta asistencia que reciben algunos pobres, a quienes se hace un favor bastante dudoso, se somete a todas las clases humildes de Inglaterra a un conjunto de leyes irritantes, improcedentes, tiránicas y totalmente incompatibles con el espíritu genuino de la Constitución. Todo este asunto de las colonias, incluso con las actuales enmiendas, es totalmente contrario a los principios de libertad. La persecución por la parroquia (\*) de los hombres cuyas familias han de pasar probablemente a su cargo y de las mujeres pobres a punto de dar a luz, constituye una forma de tiranía, a la vez, indigna y odiosa. Y la obstrucción continua ejercida por esas leyes en el mercado del trabajo, contribuye permanentemente a dificultar aún más la situación de

(\*) En tiempo de Malthus la parroquia era el organismo encargado de la asistencia pública (N. del T.).

quienes se esfuerzan por mantenerse por sus propios medios.

Estos males derivados de las *poor-laws* son, en cierta medida, irremediables. Si se ha de prestar asistencia a cierta clase de gente, habrá que prever algún poder capaz de distinguir entre las diversas solicitudes de asistencia, y también de administrar los bienes de las instituciones creadas a este fin, pero toda interferencia excesiva en los asuntos personales es una forma de tiranía, y con el tiempo el ejercicio de este poder resultará incluso irritante para quienes tengan que recurrir a esta asistencia. La tiranía de los jueces, sacristanes e inspectores es objeto de constantes quejas por parte de los pobres, pero la culpa no la tienen, en realidad, tanto estas personas, que probablemente antes de entrar en sus funciones no eran peores que los demás, como la propia naturaleza de estas instituciones.

El mal se ha extendido, tal vez, ya demasiado para poderlo remediar, pero, por mi parte, estoy cada vez más convencido que de no haber existido nunca estas *poor-laws* se hubieran dado, quizá, algunos casos más de miseria particularmente severos, pero el caudal global de felicidad entre la gente humilde sería hoy mucho mayor de lo que es.

El proyecto de ley de Mr. Pitt, parece haber sido redactado con intenciones caritativas, y el clamor que ha levantado en contra de su aprobación me parece en muchos aspectos mal orientado y poco razonable. Pero hay que reconocer que posee, en alto grado, el grande y radical defecto

de todos los sistemas de este tipo; el de estimular el aumento de la población sin aumentar los medios de subsistencia disponibles y, por consiguiente, empeorar las condiciones de quienes no están asistidos por las parroquias; en una palabra, el defecto de aumentar el número de pobres.

Suprimir las privaciones de las clases inferiores de la sociedad es, ciertamente, una tarea difícil. La verdad es que la presión de la miseria en esta parte de la comunidad es un mal tan profundamente arraigado que no hay inventiva humana capaz de alcanzarlo. Si tuviese que proponer algún paliativo, y paliativos son lo único que la naturaleza del caso admite, sería, en primer lugar, la total derogación de todas las actuales leyes de asistencia parroquial. Así, por lo menos, los campesinos ingleses recobrarían la independencia y la libertad de acción que hoy difícilmente puede decirse que posean. Esto les permitiría establecerse sin entorpecimientos allí donde viesan la perspectiva de una mayor abundancia de trabajo y un mejor precio del mismo. El mercado laboral quedaría libre y desaparecerían los obstáculos que en la actualidad impiden, a veces durante un tiempo considerable, que el precio del trabajo se eleve en función de la demanda.

En segundo lugar, se podrían conceder primas por la roturación de nuevas tierras y estimular, por todos los medios posibles, el desarrollo de la agricultura, frente a las manufacturas, y del cultivo con preferencia al aprovechamiento de los pastos. Todo el esfuerzo debería concentrarse pa-

ra conseguir debilitar y destruir las instituciones relativas a los gremios, aprendizaje, etc., que hacen que el trabajo agrícola esté peor pagado que el trabajo en las manufacturas y en el comercio. Pues un país no podrá jamás producir la cantidad de alimentos que necesita, mientras existan estas diferencias a favor de los artesanos. Estos estímulos a la agricultura, además de asegurar al mercado una mayor abundancia de trabajo saludable, permitirían, aumentando la producción del campo, elevar el precio comparativo del trabajo y mejorar las condiciones del trabajador. Al encontrarse en mejores condiciones, y sin la perspectiva de una eventual asistencia parroquial, se hallaría con más capacidad y mejor disposición para entrar en alguna asociación que le asegurase, a él y a su familia, contra las enfermedades.

Finalmente, para los casos de extrema miseria, podrían establecerse asilos financiados merced a una contribución territorial recaudada en todo el reino, y que fuesen gratuitos para personas de todos los condados e incluso de todas las naciones. La vida en estos asilos sería dura, y se obligaría a trabajar a quienes pudiesen hacerlo. Sería sumamente aconsejable que estos asilos no fuesen considerados como confortables retiros donde cobijarse en los períodos difíciles, sino más bien como centros en los que los casos de miseria y desamparo más angustiosos pudiesen encontrar algún alivio. Una parte de estos centros, y otros expresamente contruidos a tal fin, podrían ser dedicados a una finalidad sumamente provechosa y

de la que se ha hablado con cierta frecuencia: la de ofrecer un lugar en el que toda persona, nacional o extranjera, pudiese en todo momento dar una jornada de trabajo y cobrar por ella el precio establecido en el mercado. Indudablemente, muchos casos tendrían que quedar a cargo de la caridad individual.

Un plan de este tipo, con la derogación de todas las leyes de asistencia parroquial actuales como medida previa, parece ser la mejor manera de aumentar el caudal de felicidad de la gente humilde de Inglaterra. Evitar la reaparición de la miseria está, desgraciadamente, fuera del alcance del hombre. Con el vano intento de alcanzar lo que por la propia naturaleza de las cosas es imposible, estamos sacrificando beneficios, no sólo posibles, sino seguros. Decimos a la gente humilde que, sometiéndose a un código de tiránicas reglamentaciones, puede rehuir para siempre la miseria, y esta gente se somete a ellas. Cumple su parte del contrato, pero nosotros no lo cumplimos; es más, no podemos cumplirlo, y así, los pobres sacrifican el bien precioso de la libertad y no reciben nada a cambio cuyo valor pueda equipararse.

Creo que, a pesar de la institución de las *poor-laws* en Inglaterra, se puede decir que, considerando el estado de las clases inferiores en su conjunto, tanto en las ciudades como en el campo, los padecimientos que sufren a causa de la falta de una alimentación adecuada y suficiente, de la dureza de su trabajo y de la insalubridad de sus

viviendas, actúan necesariamente como un obstáculo constante a la población incipiente.

A estos dos grandes obstáculos al crecimiento de la población que encontramos en todos los países viejos y que he llamado obstáculo preventivo y obstáculo positivo, es preciso añadir las costumbres viciosas en el comportamiento con las mujeres, las grandes ciudades, las manufacturas insalubres, el lujo, la peste y la guerra.

Todos estos obstáculos pueden muy bien resumirse en dos: miseria y vicio. Y la prueba de que éstas son las verdaderas causas del lento aumento de la población en todos los Estados de la Europa moderna, la tenemos en el aumento comparativamente rápido que se produce invariablemente cada vez que estas causas han sido suprimidas en una medida importante.